

MARIO MENDOZA

Lady Masacre



Primera parte

LAS VOCES DE LOS MUERTOS

1.

Hay momentos de la vida en los que uno tiene la impresión de estar perdiendo el poco tiempo que le queda, de estar echándolo a la basura, pero, curiosamente, no se le ocurre nada mejor, no desea cambiar de vida, no quiere hacer grandes planes de recuperación, no tiene ningún interés en convertirse en una versión mejorada de sí mismo. Sencillamente acepta su inferioridad y se queda quieto, aguantando.

Así me sentía yo aquel 1 de julio del año 2008. Unos meses atrás me habían arrojado del periódico a la calle por beber aguardiente en horarios de trabajo. Durante dos décadas había sido un cronista reconocido. Pero de pronto me encontré sentado en un parque al medio día, solo y con un cheque en el bolsillo. Yo, Frank Molina, el cronista de judiciales que había ganado varios premios de periodismo, acababa de morir y el cadáver ya empezaba a pudrirse. Como mi expulsión había dado pie a un escándalo (me agarré a trompadas con los encargados de seguridad que pretendían sacarme de mi oficina a las malas), un colega de la competencia aprovechó la escenita para publicar una nota con un titular que decía: *El periodista Frank Molina protagoniza riña que le cuesta su trabajo*. Eso significaba que ningún otro medio me contrataría jamás. Se trataba de una expulsión definitiva del oficio, no del puesto. Y para empeorar las cosas, los sabuesos de los chismes de farándula se encargaron de desempolvar mis expedientes psiquiátricos (varios ingresos en clínicas especializadas como paciente bipolar y alcohólico confeso), y se cebaron a su antojo expo-

niendo en público los lados más siniestros de mi intimidad. No me defendí y dejé pasar los ataques. No acepté entrevistas, no escribí ningún artículo haciendo la apología de mí mismo, no negué los cargos. Sólo me encerré en mi apartamento a escuchar a La Derecha, a releer *Música Marciana*, de Álvaro Bisama, con esa exquisita dicha que otorga el ocio, y a pensar en qué diablos iba a hacer de allí en adelante con mi vida de desempleado sin remedio. Tenía cuarenta y tres años, estaba soltero, sin hijos, sin parientes cercanos, y no tenía la más mínima intención de volver a trabajar para otros.

Decidí pasarme a dormir a una habitación que me servía para guardar cachivaches, una especie de cuarto del servicio diminuto y muy estrecho, donde escasamente logré meter la cama y caminar alrededor de ella para salir y entrar. Una ventana de pocos centímetros daba a un patio interno por donde sólo al mediodía se filtraban algunos rayos de sol. Tal vez busqué un espacio exterior que se acomodara a lo que estaba sintiendo, un afuera que se correspondiera con lo que llevaba por dentro. Y durante días y días me encerré en ese agujero donde, debido a la falta de aire, hacía un calor tremendo y el aire enrarecido de mi propio sudor y mi respiración acumulada me impedían conciliar el sueño para descansar. Fueron noches extrañas: me veía feliz, sonriente, cocinando, yendo y viniendo por la calle junto a ex novias que me habían hecho muy feliz, o en la playa de vacaciones, o haciendo el amor en noches de pasión desenfrenada, o celebrando junto a ellas artículos de prensa que habían sido premiados. Necesitaba recordar una vida activa y feliz que me sirviera de contrapeso para ese presente infernal que me estaba haciendo tanto daño. Ahora que me recuerdo a mí mismo metido entre esas cuatro paredes donde antes estaban las escobas y los utensilios de aseo, sin aire, sudando a chorros hasta dejar las fundas de las almohadas empapadas, creo que de manera inconsciente busqué un refugio, una protección, un útero donde me sintiera a salvo de las agresiones de ese mundo exterior que lo único que quería era minarme las últimas defensas hasta conducirme a una muerte segura y sin remedio. Una madre, sí, una cueva de afecto donde

nadie pudiera hacer nada contra mí. Y creo que no estoy muy lejos de la verdad, porque recuerdo también que solía dormir en posición fetal y que en varios de mis sueños aparecía mi madre (ya fallecida), siempre bondadosa y cariñosa, acariciándome el pelo, diciéndome cuánto me quería, abrazándome antes de salir para el colegio. Definitivamente la niñez no es un estado superado, sino una dimensión de la conciencia que está ahí, latente, y que se activa por momentos para que nos quede claro que seguimos siendo esos seres diminutos, frágiles y lúdicos que tanto disfrutaban de la protección de sus adultos.

Luego de diez días de encierro uterino, saqué la cama de allí y regresé a mi habitación normal, amplia, espaciada, luminosa, y me dije que había que dejar la depresión y enfrentar lo que me había sucedido: era un maniaco-depresivo alcohólico y marihuanero ocasional que me había quedado sin trabajo, que nunca más volvería a publicar una nota ni siquiera en la sección de los obituarios, y que tenía un deber: rehacer mi vida, luchar, buscar una salida que atravesara ese túnel hediondo y pestilente en el que me había caído de un día para otro.

Después de sopesar varias opciones (abrir un bar —idea perfecta del paraíso para un alcohólico—, poner un restaurante, fundar una revista o largarme a trabajar a otro país), terminé haciendo un curso con antiguos detectives del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) y de la Fiscalía para que me dieran una licencia como investigador privado, compré una casa barata en el barrio Siete de Agosto, remodelé el primer piso para usarlo como oficina, me instalé en el segundo y le arrendé el garaje a un mentalista llamado Kalimán, cuya clientela entraba y salía del lugar desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. De haber sabido que la astrología, la quiromancia y el tarot daban tanto dinero, me hubiera dedicado a ser socio de Kalimán en lugar de ponerme a probar suerte en un oficio que me llamaba la atención, pero del cual no tenía en realidad ni idea.

Conocía el medio y tenía varios enlaces en los bajos fondos por- que ser cronista de judiciales implica moverse con solvencia por todas

las capas sociales, pero siempre había estado del otro lado del teclado, donde el pellejo está a salvo. En realidad no conocía la intensidad adictiva del crimen, el costado peligroso del delito, así que, de alguna manera, elegir un oficio como el de investigador privado era una elección vital: no más palabras, sólo importaba la acción. Tenía una licencia para portar un revólver calibre 38 corto y un carné que parecía falsificado. A mí lo único que se me había ocurrido era abrir la oficina con un nombre pomposo, *Detectives Metropolitanos*, publicar un aviso en los clasificados y sentarme a esperar como un imbécil detrás de un escritorio de segunda. Esperar, esa era la clave. Esperar a ver qué me deparaba el destino.

Al principio, me llegaron dos o tres casos sosos: investigar el paradero de un marido borracho, rastrear a una amante casquivana y vigilar a una adolescente millonaria que había decidido meterse todas las drogas posibles que encontrara en la ciudad. Dije que no a todos. Me aburrían, no me entusiasaban, y decidí continuar en acuartelamiento de primer grado esperando un caso que valiera la pena.

Por eso el 1 de julio de 2008, ya con cuarenta y cuatro años cumplidos, estaba sentado en mi nueva oficina sin estrenar, y la sensación preponderante era la de estar perdiendo el tiempo mientras mis escasos ahorros iban menguando poco a poco. Ya me había bebido media botella de aguardiente (nunca soporté el whisky), me había fumado un porro de buena marihuana de la Sierra Nevada de Santa Marta (lo tenía totalmente prohibido por mi enfermedad) y estaba navegando por páginas de porno en internet. Mujeres desnudas, parejas en distintas posiciones sexuales, orgías: distintas puertas que conducían a paraísos artificiales que por ahora eran los únicos a los que tenía acceso. Nada me importaba mucho, ni siquiera ese tipo que se hacía llamar Frank Molina y que cada día me parecía más aburrido y cargante.

Estar solo no era ningún problema para mí. La bipolaridad enseña una lección brutal desde el comienzo: tarde o temprano los que están junto a ti se van a cansar, van a renegar de tu cercanía, te van a detestar. Desde muy joven, cuando empecé a sufrir los primeros trastornos

de personalidad, mis amigos y las mujeres con las que estaba involucrado a nivel sentimental se fueron alejando de mí aterrados de tener un compañero o un novio que se transformaba en otro, como en una película de horror. Un día conversas con un tipo, lo dejas de ver un fin de semana, regresas al lunes siguiente y resulta que en ese cuerpo está ahora otro fulano. Es para salir corriendo. Así que nunca juzgué a la infinidad de parejas que me abandonaron durante los ataques o durante mis largas reclusiones en instituciones psiquiátricas. Como es apenas obvio, me fui acostumbrando rápidamente a no soñar con una estabilidad conyugal, con hijos (mi enfermedad podía ser transmitida a la siguiente generación y por eso desear un hijo era un acto de irresponsabilidad y de crueldad: no quería heredarle mi sufrimiento a otro ser), ni con una vida social activa que me permitiera estar rodeado de gente que me apreciara y me respetara. No, eso no era para mí. Nadie aprecia a un individuo que está amarrado en una sala de cuidados intensivos, gritando y amenazando a los enfermeros. Y nadie respeta a un depresivo crónico que se queda en un patio mirando una pared durante horas enteras mientras las babas le escurren por la barbilla y el cuello. Para empeorar las cosas, el alcohol, la única manera que había encontrado de rebelarme en contra de mí mismo, de escaparme, de huir de esa mente fluctuante e inestable, me convertía en un sujeto aún más extraño y peligroso. Las mujeres experimentan con los cabeza-duras y los calaveras al principio, mientras aprenden y disfrutan de su sexualidad, pero después eligen a los juiciosos y rectos para casarse, a los que les garanticen una progenie sana y acomodada. Es la voz de la naturaleza, las hembras protegiendo la permanencia de la especie. Un tipo como yo estaba por fuera de esas reglas, era un cocodrilo muelle y con alas, un leopardo empeñado en vivir en aguas submarinas.

La única mujer que había sobrevivido a esa lista de fugas había sido Miranda, una masajista que trabajaba en unos baños turcos en Chapinero. Era una caleña divertida, de una bondad inusual, cariñosa, que se había dado cuenta muy rápido de que yo era un peligro para mí mismo, pero no para los demás. Desde un comienzo le había

explicado mi situación y le había aclarado que yo no era un hombre para armar un hogar. Ella se había sonreído, me había dicho que el matrimonio le parecía una experiencia macabra (esa fue la palabra que utilizó) y que a sus escasos veintiocho años ya sabía que el amor no se conjugaba nunca en futuro, sino en presente. Esa sinceridad que tuvimos desde el comienzo nos permitió disfrutar de una amistad donde el afecto no buscaba posesiones ni dominios, y donde cada uno se cuidaba muy bien de juzgar y de atacar sin motivo al otro. Sin embargo, más allá de ese acuerdo tácito que había entre nosotros, yo sabía que si me acercaba demasiado y traspasaba los límites permitidos, podía herirla sin intención. Si los demás guardaban su distancia, estaban a salvo. Pero si cruzaban la línea y querían ayudarme o rescatarme, yo sí podía ser una amenaza, una amenaza grave que les dejaría unas heridas de por vida.

En algún momento cerré los links de las páginas porno, me levanté del asiento y caminé hasta la ventana. Martes después de un puente, el cielo nublado, las calles mal pavimentadas, la tienda a pocos metros en diagonal, las casas oscuras y tristes del Siete de Agosto, el heroísmo de la clase media venida a menos, la zona de tolerancia varias calles más abajo, los clientes de Kalimán que tocaban el timbre con suspicacia, con la cabeza baja, como si tuvieran miedo de que alguien los fuera a fotografiar. Entonces tomé conciencia del plural de mi letrado: *Detectives Metropolitanos*. ¿Qué locura era ésa? ¿Por qué no había escrito el aviso en singular? ¿Dónde estaban los otros que justificaban el plural? Y si en un principio me pareció un disparate absurdo y pretencioso, después caí en cuenta de que mi inconsciente había sido más listo que yo. Frank Molina, según los diagnósticos de distintos psiquiatras, era un bipolar incurable, era dos hombres en uno: el arriesgado y entusiasta Frank de las fases maníacas, y el silencioso y hundido Frank de las fases depresivas. Era una oficina donde trabajaban dos investigadores, aunque en principio sólo apareciera uno.

Recordé que debía tomarme la pastilla de carbonato de litio (único regulador emocional que había surtido algún efecto para contrarres-

tar la maníaco-depresión), lo hice con el último trago de aguardiente que tenía en el vaso, y me iba a sentar a seguir disfrutando de mi harén virtual cuando sonó el timbre dos veces. Dos. ¿Una por cada uno de los detectives que trabajaban en esa oficina?

2.

Abrí la puerta dispuesto a despachar cuanto antes a algún vendedor de detergentes o a un místico de pacotilla de ésos que suelen empeñarse en que son amigos íntimos de Jesús y cretinadas por el estilo. No, sorpresa, en la puerta estaba parada una mujer de un metro setenta, con sastré y zapatos de tacón, maquillada con sobriedad y llevando con altura y elegancia sus treinta y cinco o cuarenta años de edad. Distinguida, educada, con clase.

—¿Me va a atender aquí afuera? —me dijo con la altivez característica de su clase social.

—Lo siento. Pase, por favor —dije un poco avergonzado por mi actitud de idiota despistado. «La marihuana, claro», pensé mientras me hacía a un lado para permitirle la entrada a mi primer cliente.

—¿Me puedo sentar?

—Por favor.

Mi primer cliente, me repetí mentalmente, y me sorprendí de que llegara frente a mi casa sin avisar, sin hacer una llamada siquiera. Hasta ese momento yo estaba listo para una conversación telefónica donde una voz desgastada por la pena me haría una serie de preguntas capciosas. Pero la realidad había sobrepasado, y de qué manera, mis expectativas.

—No tengo mucho tiempo, señor...

—Molina, Frank Molina.

—Señor Molina: mi nombre es Mariana Pombo. Necesito una

persona de confianza, seria, muy profesional —su voz era suave pero amenazante, como si no hubiera ido a pedir ayuda sino a hacer una serie de advertencias.

—Soy nuevo en el oficio, pero conozco bastante bien este trabajo —dije sentándome del otro lado de mi escritorio con cierta solvencia.

—No sé si es lo que estoy buscando —dijo ella mirando con desdén mi nueva oficina, echando en falta quizás una secretaria, un ayudante, otro investigador que justificara el plural del anuncio.

—Lo que usted diga en esta oficina no saldrá de ella, y le puedo garantizar una investigación completa con informes semanales que le entregaré personalmente donde usted me indique —prometí con la seriedad del caso.

—No estoy segura de si es usted un investigador competente —dijo Mariana Pombo pasando un dedo por el escritorio y retirándolo lleno de polvo.

—Mire, señora Pombo, vamos a entendernos de una vez por todas, con eso nos ahorramos peleas posteriores —dije sintiendo de repente la comisura de los labios reseca y el corazón palpitándome más rápido—. A usted se le nota el dinero a leguas, la buena educación, el buen gusto. Tiene la seguridad característica que le da su posición social y su dinero. Pero yo no soy un ignorante ni soy su lacayo para que usted tenga el derecho de venir a mi oficina a insultarme. Si mi tufo a aguardiente y el polvo de mi escritorio le disgustan mucho, es mejor que se regrese por donde vino y que me deje en paz. Sólo piense en algo: si está aquí es porque a usted o a uno de los suyos le sucedió algo feo, algo desagradable, algo que conecta con una realidad oscura que a los de su clase no les gusta. Y con ese sastre y esos zapatos no podrá entrar en ese submundo y averiguar lo que quiere. Yo sí.

Cerré mi discurso tranquilo, sin hacer énfasis en ninguna de las frases, mirándola de frente y controlando mi agresividad. Ella bajó la mirada y suspiró.

—Le ruego que me excuse —dijo tomando aire y poniendo el bolso sobre el escritorio sucio—. Tiene toda la razón. Le ruego confidencialidad y mucha prudencia en esto. No quiero que mis hijos ni mi esposo se vean salpicados por un escándalo en la prensa. Sería injusto. Ellos no tienen nada que ver.

—Cuenta con eso, no se preocupe —le contesté con la mayor cortesía de la que fui capaz y sintiendo que mi corazón volvía a latir a un ritmo normal—. Lo que menos quiero es hablar con periodistas, créame. Ahora vamos al grano, cuénteme de qué se trata el caso.

—Mi hermano es Ignacio Pombo, el ex congresista que fue recientemente asesinado en su casa.

Recordé las noticias de los últimos días, en las cuales los periodistas hablaban de un intento de robo, de unos ladrones que habían acuchillado al político en la propia sala de su casa, de una investigación que buscaba esclarecer si los ladrones habían dejado huellas en la escena del crimen.

—Sí, recuerdo bien la noticia —le confesé echándome para atrás y recostando la espalda en el sillón.

—Pues bien, el problema es que no creo en lo que se está diciendo —aseguró ella entrecerrando los ojos—. No sé por qué, pero la situación no me gusta. No tengo pruebas ni cómo demostrar lo contrario, pero mi intuición me dice que hay algo oculto detrás de su muerte. Estaba siendo investigado por tener contactos con los paramilitares, como tantos compañeros suyos en el Congreso, y tenía enemigos por todas partes. Como no estaba ejerciendo un cargo público en el momento de las denuncias, la investigación está dividida entre la Fiscalía y la Procuraduría. Había recibido amenazas y en los últimos días estaba nervioso, muy tenso. Quiero aclararle, señor Molina, que él es mi único hermano. Crecimos juntos y toda la vida fuimos muy unidos. Sólo en los dos o tres últimos años, desde que la política lo trastornó y empezó a obsesionarse con el poder, nos alejamos un poco. Pero no perdimos el contacto y mucho menos el cariño.

—Comprendo —asentí en voz baja.

—Yo no voy a defenderlo aquí porque no viene al caso. Ignacio era un tipo de buenos sentimientos, débil, con una autoestima menguada por un padre arrogante y déspota que siempre vio en nosotros copias desmejoradas de sí mismo. De ahí las ansias de poder y la ambición económica y de clase de Ignacio. Si llegó a tener pactos y alianzas por debajo de la mesa con políticos corruptos, no me sorprendería. Pero de ahí a relacionarse con matones paramilitares y a ser cómplice de crímenes, secuestros o extorsiones, eso sí que no. Estoy segura. Su temperamento se lo impediría. No era un tipo duro de carácter, un hombre con personalidad. Todo lo contrario, su flaqueza sentimental lo convertía en un hombre fácil de chantajear, de presionar o de someter.

—Y usted cree que alguno de sus socios políticos decidió sacarlo del camino antes de que hablara con la justicia —resumí sin quitarle los ojos de encima a Mariana Pombo.

—Puede ser, sí —aceptó ella haciendo una mueca de duda—. Pero hay algo más: no me gusta para nada la actitud de mi cuñada, Irene de Pombo. Es cierto que nunca fuimos amigas ni familiares cercanas. Nos aprendimos a soportar por conveniencia social: vacaciones compartidas, comidas los fines de semana donde los abuelos, usted sabe. Pero siempre creí que era una trepadora, una arribista que presionaba a Ignacio para que consiguiera un estatus social que la dejara satisfecha. Estoy segura de que si él participó en negocios sucios fue en parte para halagarla, para pagarle sus viajes alrededor del mundo, sus joyas y sus carros último modelo. A ella siempre le ha gustado alardear, mostrarse, generar envidia. Y ahora que Ignacio está muerto no ha demostrado el más mínimo dolor, no ha guardado luto, no se le ve acongojada. Al revés, da la impresión de una persona radiante que se hubiera quitado un peso de encima.

—¿Cree usted que pudo tratarse de una riña de pareja y que ella esconde un crimen pasional? —pregunté mientras sacaba una libreta pequeña y empezaba a tomar notas de nuestra conversación.

—No me atrevería a tanto, no sé. Pero su actitud displicente y grosera no me gusta, me da la impresión de que ella sabe algo, de que está al tanto de esa verdad oculta que llevó a Ignacio a la muerte. Por todas esas dudas es que estoy aquí y que necesito de su colaboración.

Terminé de anotar en la libreta, me incliné para quedar más cerca de ella y le dije sintiendo que por primera vez empezaban a desaparecer los efectos de la marihuana y que la realidad volvía a ser sólida, concreta, hecha de materiales palpables:

—Le propongo un trato, señora Pombo: mis honorarios son trescientos mil pesos diarios a partir de hoy mismo. Contrátame por un par de semanas. Si encuentro alguna pista de fiar, continuamos con el caso. Si no hay ningún rastro a la vista, le rindo un informe pormenorizado y no nos volvemos a ver.

—Es usted directo —dijo ella agarrando su bolso y abriendo la cremallera—. Lo único que le pido es que, pase lo que pase, no se vaya a generar un escándalo y que mi familia quede por fuera de todo esto.

—Así será, no se preocupe.

Mariana Pombo extrajo un fajo de billetes, contó una parte y me la entregó.

—Le doy la mitad ahora, un millón quinientos mil pesos, y la otra mitad en una semana. ¿Le parece bien?

—Sí, perfecto.

—Déjeme un número de cuenta bancaria para consignarle la plata. Prefiero que no nos volvamos a encontrar personalmente. No quiero empezar a llevar una doble vida. Me siento mal con mi marido y mis hijos.

Le anoté en un papel el número de mi cuenta y el banco correspondiente. Mientras yo contaba el dinero, ella escribió algo en el reverso de un volante propagandístico que guardaba en la cartera. Asentí para indicarle que estaba completo. Ella me pasó el volante.

—Aquí está mi correo electrónico. Si descubre algo, avíseme y déme los informes del caso. No quiero sobres, ni fotos, ni grabaciones.

Tampoco le dejo mi dirección ni mis teléfonos porque no quiero que usted aparezca y que después yo tenga que darle explicaciones a mi esposo. Sólo quiero descubrir la verdad, mirar si es necesario denunciar a los culpables y seguir llevando mi vida. No quiero que las pésimas decisiones que tomó Ignacio en los últimos años contaminen a mis hijos y a mi marido. Ellos no tienen la culpa de nada y no tienen por qué pagar las consecuencias. Es algo que hago por una lealtad de sangre, pero no estoy dispuesta a que mi hermano me venga a destruir la vida ahora, después de muerto. No sé si me entiende.

—Perfectamente. La responsabilidad es individual, no es algo que se herede ni que se traspase a los que nos rodean.

—Me alegra que nos entendamos. Yo consulto el correo todos los días, tanto en la mañana como en la noche. Estaré pendiente de cualquier mensaje suyo.

Mariana Pombo se levantó, caminó unos pasos hasta la puerta con elegancia y se dio la vuelta con un aplomo que buscaba dejarme en claro que no era ninguna estúpida:

—Ah, una cosa más. Lo busqué a usted porque sé quién es. Lo leí durante muchos años, tanto en el periódico como en las revistas donde escribía. Era brutal cuando la historia lo exigía, pero nunca se pasó la línea hacia el amarillismo, como tantos otros. Lamento lo que le sucedió.

No alcancé a responderle. Mariana abrió la puerta, cruzó la calle y subió a una camioneta plateada que arrancó enseguida. Me quedé en la ventana de mi oficina mirando hacia la calle. Mi primera cliente de verdad, mi primer encargo como investigador privado. No estaba nada mal.